

---

# POR QUE DEBERIAMOS MANTENER EL OBJETIVO SOCIALISTA

**Agnes Heller**

*análisis y debate*

---



En los ciento cincuenta años de historia del movimiento obrero se ha debatido mucho la cuestión de si un partido que representa los intereses de los trabajadores debe o no comprometerse con el «objetivo socialista».

La famosa sentencia de Bernstein, que dice que el movimiento es todo y el objetivo final nada, repercutió, en su tiempo, no sólo en los socialdemócratas, sino también en los sindicalistas radicales. Ambos grupos vieron el «objetivo socialista» como una idea peligrosa o, al menos, impotente: peligrosa, porque traba el ejercicio de los políticos parlamentarios de reforma; impotente, porque obstruye la completa identificación de la diaria lucha de clase de los sindicatos. Recientemente Mario Tronti, ideólogo del Partido Comunista Italiano, opinó sobre la misma concepción, sugiriendo que el partido debería, en su conjunto, renunciar al «objetivo socialista», dado que era una insensatez en términos de una tradición sindicalista.

Tal base para el rechazo del «objetivo socialista» no es completamente infundada si uno tiene en cuenta la historia del movimiento obrero. Es de conocimiento común que para la mayoría de los partidos que lo representan el «objetivo socialista» fue un slogan vacío, que no tuvo valor en su estrategia o en sus tácticas. Más bien fue preservado como reliquia y archivado con objeto de olvidarlo. Por otra parte, para los partidos comunistas (en cierto período favorablemente largo para todos ellos, y en el presente, sólo para algunos) el «objetivo socialista» sirvió como arma contra la democracia y también contra una parte considerable de la clase trabajadora. Habiendo sido definido dogmáticamente, una vez y para siempre, no podría ni promoverse el tema de qué significa realmente el «objetivo socialista».

Pero aunque la objeción a este objetivo no es del todo infundada, sí es un gesto de pragmatismo autocomplaciente o de desesperación más que un acto de razonamiento sólido. Si se toman en cuenta las posibles zonas de conflicto de las próximas décadas, inmediatamente uno se da cuenta de los peligros que encierra una *masa de ciudadanos sin imaginación*. En lo superficial de los hechos parece como si no hubiera alternativas sociales o económicas para el actual estado de cosas; como si el futuro de las sociedades occidentales sólo pudiera concebirse en términos de impuestos más o menos progresivos. Sin inspirar la imaginación colectiva acerca de las alternativas posibles, los partidos laboristas se encontrarían fácilmente en el limbo, rodeados de un electorado pasivo y completamente despolitizado, profundamente expuesto a la influencia de una *mass-media* monopolizada y que es incapaz de enfrentarse con éxito a una situación conflictiva.

En el siglo XX hubo dos proyectos sociales, pretendiendo ser o socialista o de vía al socialismo: por un lado, el proyecto bolchevique en la URSS y en su esfera de influencia de Europa Oriental, y por otro, el proyecto radical del Estado de bienestar en Suecia.

Como bien se sabe, el experimento soviético dio lugar a una estructura política totalitaria y un sistema socio-económico de dominación que no puede entenderse si nos quedamos en términos de un modelo dicotómico de socialismo-capitalismo. Este sistema no es ni socialista ni capitalista, aunque no pueda desarrollar aquí cómo funciona por razones de tiempo y espacio. Lo que es de relevancia es, más bien, el reconocimiento de las zonas de conflicto que emergen en esta parte del mundo. Los movimientos de liberación de este área, que comenzaron hace un cuarto de siglo y de los cuales, entre los últimos, consiguieron al menos una victoria temporal en Polonia, tendrán su escalada durante las próximas décadas, a pesar de probables retrocesos y aún derrotas. Si los partidos laboristas fallaran al producir una política a largo plazo para hacer frente a la zona de conflicto, perderán eventualmente su credibilidad. Se podría objetar que esta zona de conflicto está no sólo distanciada, sino que no tiene relevancia real para los actores políticos en las democracias occidentales. Este es un punto de vista estrecho, dado que los países y naciones hace tiempo que dejaron de ser entidades aisladas, más aún desde que fueron implicados en una red internacional de zonas de conflicto de mutua influencia. Pero diseñar una política a largo plazo que haga frente adecuadamente a estas zonas de conflicto implica precisamente el debate del «objetivo socialista», y esto, al menos, por tres razones interdependientes.

La primera razón es la más obvia. El «déficit de imaginación», al que me he referido, es responsable de la identificación de alternativas *existentes* con las *probables*. A lo sumo, alguien podría denominar al «objetivo socialista» como la amenazadora imagen de las sociedades soviéticas que entre en la mente de la gente casi espontáneamente. No es suficiente definir el «objetivo socialista» como democrático, ya que tal calificación no provee a nadie de imágenes alternativas; imágenes que no sólo son diferentes, sino,

más bien contradictorias con el sistema soviético de dominación. Sin ambigüedades, debe establecerse que los partidos laboristas apoyan a la oposición en Europa Oriental, que apoyan a quienes son dominados (no gobernados) y no a quienes dominan; y esto no es a pesar de, sino de hecho resulta de su objetivo socialista.

En este punto emerge la segunda razón: que si se presentara una imagen más vigorosa del «objetivo socialista», las políticas claramente pragmáticas de ciertos partidos laboristas y movimientos, al confrontarse con los problemas de esta zona de conflicto, deberían transformarse en políticas de más principios y más independientes. Quiero dejar claro lo que quiero decir aquí con los términos «más principios» y «más independientes». Ciertos partidos laboristas participan de los males generales de la izquierda en cuanto hacen que sus opiniones y decisiones sobre temas vitales sean absolutamente dependientes de la correspondiente decisión de los partidos conservadores o de la de Estados Unidos. Si los últimos apoyan una acción, ellos automáticamente la rechazan; si la rechazan, ellos automáticamente la apoyan. Llamo pragmática a esta dependencia porque no está guiada por principios, sino por automatismos políticos casi instintivos. La decisión verdaderamente vergonzosa de apoyar la participación en los Juegos Olímpicos en la URSS, un país en el que las cárceles y campos están llenos de prisioneros políticos cuyo único crimen es el de tener opiniones independientes, es sólo uno entre los muchos ejemplos de perfidia. Otro ejemplo es la renuncia obvia de los sindicatos británicos TUC de ponerse al lado de *Solidaridad*, hasta que los trabajadores polacos resolvieron el problema liquidando sindicatos corporativos estatales, socios de las TUC en las negociaciones. Estas y otras decisiones similares ponen a los partidos laboristas lejos de la inocencia frente a los ojos de los movimientos disidentes de Europa Oriental, y si ciertas sospechas son como abrumadoras podrían, en sí mismas, contribuir a que estos movimientos vuelvan al conservadurismo y al fundamentalismo.

La tercera razón que ilustra la importancia de reformular el «objetivo socialista» es la consideración de que la resurrección del movimiento obrero será sólo un episodio —aunque un episodio grande y heroico— en la historia de los países del Este europeo si fracasa la imaginación occidental que genera un nuevo punto de vista del socialismo. Los partidos laboristas occidentales, al revitalizar el principio del socialismo dentro de una nueva comprensión, podrían hacer un servicio histórico a los movimientos que saben qué rechazar, pero que no saben aún qué establecer.

Ahora vuelvo al segundo proyecto socialista, al modelo de un Estado de bienestar radicalizado. Este ha sido y aún es la imagen guía de la mayoría de los partidos laboristas y socialistas, y aún de algunos comunistas, y se torna parcialmente influyente para ciertos grupos dentro del Partido Demócrata de los Estados Unidos.

Aunque Suecia es lo único que podemos llamar un Estado de bienestar «total», todos los demás han dado sólo ciertos pasos (grados variables y con resoluciones variables) en esta dirección, la tendencia es, de todos modos, inequívoca a lo largo de los últimos veinte años, a pesar de los retrocesos y las inconsistencias. Se impone un breve bosquejo de las características del Estado de bienestar, aunque no pretendo describir ningún Estado en ningún período particular. Estos rasgos son los siguientes: aumento de la intervención estatal en el ámbito económico, límites en el tema de la competencia, límites en los mecanismos del mercado, sistema de imposición progresiva y profundo gasto público. Todo esto hace posible la implementación de derechos socio-económicos (formulados en la Declaración de los Derechos Humanos de las Naciones Unidas), tales como el derecho al trabajo o pleno empleo; derecho a la educación o educación gratuita en escuelas públicas, incluyendo nivel terciario y, además, proveyendo los medios para estudios a largo plazo a través de un extendido sistema de garantías y préstamos esta-

tales; derecho a la salud o un servicio sanitario gratuito para el pueblo; presentación legal del principio de iguales oportunidades para la mujer y para aquellos que pertenezcan a grupos minoritarios, y protección para pobres y marginados. Por supuesto que considero que dichos derechos socio-económicos son un importante adelanto de la historia reciente. Es más, agregaría que hay determinados males sociales que son inseparables de los Estados de bienestar, aún de los mejores o más sinceros; por ejemplo: aumento de la burocratización, de la centralización y, no menos, del paternalismo.

Por crisis del Estado de bienestar no entiendo «a priori» que sea crisis económica. Es bien conocida la interrelación de determinadas circunstancias de las que estos Estados son víctimas. No hay necesidad de desarrollar el tema del capitalismo internacional movilizado contra el Estado de bienestar. Es también un hecho obvio que el capital huyó de aquellos países con impuestos progresivos con objeto de invertir en Estados despóticos en los cuales los sindicatos fueron puestos fuera de la ley y los impuestos suplantados por sobornos a los oficiales del gobierno. Es también muy conocido, aunque no pueda remarcarse, que la reaparición del desempleo, que sacudió el credo básico del Estado de bienestar, el del «derecho al trabajo», no fue originada por este Estado, sino que éste la sufrió. Lo que llamo específicamente aquí crisis es el asombrosamente poco apoyo que los propios beneficiarios dan al Estado de bienestar. En vez de defender sus conquistas sociales de sus enemigos, estos beneficiarios estaban preparados para votar en contra en el momento en que aparecieron determinadas disfunciones económicas y no propias de este Estado, como por ejemplo la inflación mundial.

El primer síntoma de crisis del Estado de bienestar fue la derrota en las elecciones de 1976 del Partido Social Demócrata en Suecia. Aún con políticas monetarias conservadoras se habían conseguido importantes victorias. Pero no son necesarios profetas para predecir que esta vuelta al monetarismo será un episodio corto en la historia actual de Occidente. La política monetaria no puede enfrentarse a los males económicos mejor de lo que pueda hacerlo el Estado de bienestar, aunque acabe con aquellas instituciones —las más importantes— que garantizan una seguridad mínima de vida y movilidad para la clase trabajadora y media baja. Justo un mes después de que el gobierno australiano iniciara la política monetaria, comenzó en Europa una nueva tendencia que indicaba la vuelta al Estado de bienestar. La crisis del gobierno de coalición sueco se debió al desacuerdo respecto al tema de los impuestos progresivos; la tendencia al laborismo en las elecciones municipales británicas, pero aún más la victoria socialista en las elecciones presidenciales francesas, son signos inequívocos de que el curso ha cambiado. Pero precisamente por esta razón y a causa de que la probabilidad de que el curso cambie en otros sitios, se impone que los partidos se enfrenten a la realidad y busquen las causas de la crisis del Estado de bienestar.

La simple restauración de las instituciones tradicionales de bienestar no son suficientes para ser un programa. Debe plantearse la cuestión de si el modelo de Estado de bienestar es suficientemente *democrático* y *socialista*. Así, la discusión sobre el «objetivo socialista» está otra vez en el orden del día.

Aquí reside la respuesta a la pregunta de por qué los beneficiarios de este Estado votan en contra ante los primeros desarreglos económicos serios. Ya he mencionado que el Estado de bienestar es burocrático, centralista y paternalista. Estos son tres rasgos comunes entre el modelo de bienestar y Europa Oriental, a pesar de las diferencias sustanciales entre ellos. En lo que sigue sólo voy a limitarme al paternalismo, ya que la burocracia y el centralismo no son rasgos sólo propios del Estado de bienestar, aún dentro del contexto occidental. El paternalismo es una actitud institucionalizada del Estado hacia sus ciudadanos. El Estado los cuida, les da sensación de seguridad. En el Estado

de bienestar la vida puede ser tolerable, pero no puede llegar a ser *buena*. (Para evitar cualquier exégesis aristotélica superflua, tanto más para la diferencia: una vida tolerable es impuesta o «donada» por las autoridades; la buena vida es creación propia.) No puede devenir en buena vida por la simple razón de la pasividad política de la población, endémica en todas las democracias capitalistas, que se expande más que retraerse.

Aunque aún existen conflictos económicos, y para un gusto conservador-liberal pueden encenderse exageradamente, al menos en los países con sindicatos fuertes, la población está más o menos completamente despolitizada. Los ciudadanos simplemente expresan sus deseos como niños antes de Navidad, y depende del buen padre, el Estado, responder a estos pedidos, de acuerdo con su propio criterio, distribuyendo regalos en el marco de sus recursos financieros. La ciudadanía no articula cuestiones políticas y sociales, sólo le importa la formulación de demandas específicas, especialmente materiales. Así, el Estado de bienestar continúa atomizando a la ciudadanía e incrementa la actitud de irresponsabilidad. Una ciudadanía que no participa en el proceso de decisión y dirección no sentirá responsabilidad por las decisiones implicadas y sus consecuencias en este esquema de dirección y no pueden siquiera ser aceptados por ello. Este sistema puede funcionar fluidamente sólo cuando se pueden satisfacer todos los deseos, en diferente proporción, pero de modo creciente. Si no fuera así, una población pasiva y despolitizada volvería su espalda al Estado de bienestar, lo cual sería totalmente comprensible. No hay que preguntarse entonces por qué los únicos movimientos sociales notorios en los Estados de bienestar estaban dirigidos precisamente contra aquellos Estados guiados por la falsa ideología de «necesidades saturadas» y una (pretendidamente existente) «afluencia total». De todos modos, esta falsa ideología expresó una necesidad vital para el pluralismo de estilos de vida y la autodeterminación, que fue reducida por los rasgos paternalistas del Estado de bienestar.

Uno puede objetar a este criticismo que el fracaso del Estado de bienestar podría detectarse en otros aspectos. Aunque disminuyó la desigualdad de ingresos, no disminuyó la desigualdad de riqueza. Todos los Estados de bienestar existentes hasta ahora han sido Estados de sociedad de clases. Aún cuando cambiaron, más o menos, la estructura del capitalismo, ni siquiera trataron de modificar el capitalismo (como relación social) de modo sustancial. Estas afirmaciones son en general verdaderas suponiendo que el frenesí de las clases altas y que el gran capital dirigido hacia el Estado de bienestar indicaría que ha pasado algo en este sentido también. Pero aquellos que analizan los defectos de los Estados de bienestar sólo en estos aspectos, normalmente sugieren la nacionalización de la industria como único remedio omnímodo. Sin negar esto, por ciertas razones la nacionalización de algunas empresas grandes y ramas de la industria debería ser necesaria y aún inevitable. No pienso que la radicalización del Estado de bienestar por la vía de la nacionalización nos lleve demasiado cerca del socialismo democrático. Es por lo que veo los males básicos del Estado de bienestar en su supercentralismo y en la línea paternalista, signo que podría estar más marcado sólo si se instituyera un programa de nacionalización absoluta. La propiedad estatal no elimina la relación del trabajador, sino que lo pone en absoluta dependencia de una estructura de poder más omnímoda y homogénea. Preserva, más que transformar y reducir, la jerarquía en el lugar de trabajo, la monolítica estructura de la tecnología, la división de aspectos intelectuales y manuales del mismo proceso de producción. La dominación por un Estado burocrático, cuyos miembros no son propietarios directos de lo que dirigen, no es una forma de dominación menos deseable que la de los capitalistas, que sí poseen lo que dirigen, aunque dicha burocracia deje menos sitio para el pluralismo y la maniobra dentro del entramado de su sistema que lo que los capitalistas en el suyo. La sustitución de una gradación jerárquica para las clases sociales, el único cambio posible de lograr, puede, convertirse en algo más maligno que benigno, dado que las clases son las que siempre

soportan los conflictos y que sin su existencia —en otras palabras, en una situación social corporativa al máximo y absolutamente separada, atomizada a tope— los individuos aislados estarían completamente a merced del Estado todopoderoso, y sería así aún si sus derechos civiles quedaran intactos. En tal situación puede observarse el derecho de organizarse, así como la libertad de opinión. Lo que realmente importa es que en un sistema de gradación jerárquica las organizaciones poderosas no pueden aparecer y que una población implicada en una lucha atomizada por posiciones más altas es improbable que opine, y menos aún que hable de sus propias cuestiones. Dado que probablemente la presente crisis económica y social sea de larga duración y no pueda ser resuelta ni por políticas monetaristas ni por una simple vuelta a los modelos de los Estados de bienestar existentes hasta ahora, no se excluye la consideración de la solución que yo llamo «radicalización del Estado de bienestar» (Ivan Szelenyi lo llamó «modelo estatal de producción»). Pero desde el preciso punto de partida de la democracia y el socialismo, tal perspectiva parece más bien oscura.

El programa de una absoluta nacionalización no inspira la imaginación social. Además, no necesita siquiera esta inspiración, dado que está concebido en el espíritu de racionalización, un espíritu encajado en los esquemas de la racionalidad instrumental y que, de acuerdo con los teóricos sociales desde Weber a Castoriadis, ya ha dominado el escenario capitalista por un largo período de la historia moderna. Podría definirse el «objetivo socialista» de los partidos laboristas y fallaría al inspirar y dirigir la imaginación social hacia soluciones alternativas; luego, aunque estos partidos pudieran probarse capaces de introducir determinadas instituciones nuevas, estas instituciones no resistirían la prueba de si democracia o socialismo.

Después de la crítica de estos dos modelos de socialismo, es obligado definir el contenido del «socialismo genuino», ya que es un movimiento constituido por —y arrasado a través de— las pruebas y errores de la ciudadanía de varias comunidades dentro de un Estado democrático. En lugar de identificar socialismo con radicalización del Estado de bienestar, yo lo identificaría mejor con la radicalización de la democracia. El socialismo es un experimento social a largo plazo, emprendido no por un aparato estatal burocratizado y centralizado, sino por la ciudadanía como un todo, por una ciudadanía capaz de discutir cuestiones sociales y políticas, capaz de participar en todas las formas de los procesos de decisión en cualquier nivel, y así tomar entera responsabilidad de sus decisiones. Los componentes concretos sólo pueden ser definidos por aquellos que los crean y los practican. Sólo puede establecerse una cosa por adelantado en este experimento social: dado que una ciudadanía consiste en varias comunidades con diferentes sistemas de valores y preferencias, un movimiento social creado por ella ofrecería una amplia gama de estilos de vida y, en consecuencia, una esencia pluralista.

Aún cuando uno no pueda definir el contenido del «socialismo genuino», se podrían enumerar ciertas precondiciones. Marx señaló una vez que en el capitalismo la democracia se para a la puerta de la fábrica. Ahora podemos agregar que se para también frente a las puertas de las oficinas y grandes almacenes. Por supuesto que la nacionalización no cambiaría esta situación en lo más mínimo. La autogestión en la fábrica, grandes almacenes, es la precondición básica y primera de la democracia radical, aún si es sólo una precondición y no su garantía. Es una vieja sabiduría que sólo aquellos que poseen una parte del «cuerpo económico» de la sociedad son capaces y listos para enfrentar las responsabilidades de cuerpo político. Una objeción adecuada para eso sería que la autogestión no pone fin a la producción de los artículos de primera necesidad ni al mercado y puede eventualmente sustituir el egoísmo colectivo por el egoísmo privado. Este podría forzosamente —pero no veo razón para que sucediese— ser el caso. Además, los conflictos de intereses no son ajenos a la democracia y eliminarlos significaría

también la eliminación de una dinámica social. Lo que realmente importa es tanto la vía como los canales a través de los cuales se establecen los conflictos. Uno al menos podría tener la confianza de que si el egoísmo privado pudiera coexistir con la democracia liberal, el egoísmo colectivo podría auto-restringirse en la estructura institucional de una democracia radical. También debería pensarse que sólo un sistema de autogestión podría traer una reunificación de los aspectos manual e intelectual de un mismo proceso de producción, podría impulsar e implementar tecnologías alternativas inherentes a varios estilos de vida. Y entonces podría poner fin al tedio y uniformidad del proceso de trabajo, el castigo por esta moderna tecnología homóloga.

Podría parecer que estas consideraciones en cuanto al «socialismo genuino» me desvían del tema en cuestión, llamado «objetivo socialista» y formulado en los programas de los partidos laboristas hasta la fecha. Pero esto es sólo aparente.

Si el socialismo es la radicalización de la democracia, no puede ser visto como un fin lejano que puede ser conseguido por ciertas medidas tomadas por cualquier partido en el poder, sin mirar si este partido gana las elecciones con una importante mayoría y observa todas las reglas de la democracia parlamentaria. Naturalmente, sin el apoyo de la mayoría y sin el cumplimiento estricto de las reglas parlamentarias la democracia radical no tiene, por definición, chance alguno. Pero lo primero no es razón suficiente para esto último: no puede, de ninguna manera, garantizar el éxito. El carácter monolítico de los estilos de vida y la pasividad del electorado no debe tomarse como *hecho consumado*. Los partidos laboristas deberían promover el pensamiento sobre el socialismo; deberían alentar sugerencias acerca de soluciones económicas y estilos de vida alternativos y deberían estimular la noción de que las concepciones del curso «natural» de las cosas debería ser visto como «no natural». Debería promover actos de emancipación del peso de una fantasía inmóvil que toma lo existente como dado y ve como imposible lo que aún no existe. Por esto no quiero decir que todo es posible, sólo que no podemos excluir ciertas posibilidades, siempre que sus precondiciones sociales se clarifiquen en discusiones racionales, antes de embarcarse en experimentos sociales para lograrla. No fue K. Marx, sino el escéptico Max Weber, el que una vez dijo: «Ciertamente toda la experiencia histórica confirma la verdad de que el hombre no habría logrado lo posible a menos que una y otra vez no hubiera intentado lo imposible».

Pero ni siquiera el establecimiento de una esfera pública democrática puede ser alcanzada por un decreto o una medida. Dicho establecimiento significa principalmente la apertura de canales para todos los movimientos, experiencias sociales e iniciativas que han aparecido en los últimos veinte años, pero que nunca pudieron desarrollar sus potencialidades debido a presiones burocráticas y centralistas. Abrir los canales significa no sólo «permiso», sino también aliento y apoyo financiero. Aún las medidas tomadas en dirección al pluralismo de estilos de vida no pueden tener éxito realmente sin dicho aliento sustancial. La institucionalización de la autogestión en la industria nacionalizada, préstamos estatales a largo plazo para los trabajadores que quieran comprar una fábrica para establecer la propiedad comunal, acabar con el carácter monolítico de los mass-media. Todas estas medidas necesarias pueden generar resultados satisfactorios sólo si están respaldadas por movimientos e iniciativas de un creciente número de ciudadanos activos, y esto atañe no sólo a las decisiones, sino también a las instituciones. No hay razón por la cual las fábricas de autogestión no puedan establecer sus propias escuelas, centros infantiles y sistemas sanitarios de acuerdo con sus propias y particulares necesidades y obtener, si lo hacen, una reducción colectiva en los impuestos. El carácter paternalista del Estado de bienestar puede ir disipándose gradualmente, y esto puede pasar simultáneamente con el establecimiento de instituciones sustitutas de alto nivel por varias comunidades de la población. Por supuesto, ni la descentralización ni la «despaternaliza-

ción» pueden ocurrir de la noche a la mañana, pero puede bosquejarse una tendencia en este sentido.

No es un paso fácil de dar, menos desde que habrá que enfrentarse con serias dificultades en este previsible futuro. Deberemos proponérselo con relativa escasez (en términos del mundo occidental) debido a los límites de los recursos naturales y a los problemas ecológicos. Pienso que ni el conservadurismo monetarista ni las políticas tradicionales de bienestar serán capaces de hacerse con esta situación. Prometerán todo y entregarán prácticamente nada, en cuyo caso sus respectivos electores los despedirán, o bien no prometerán nada, con lo cual no obtendrán apoyo popular inicial. Pero el constante reciclaje de las mismas políticas no puede ser eterno. La gente, buscando alternativas, se movilizará de uno u otro modo. Qué clase de movilización, qué clase de alternativas seguirán a dicha situación, es precisamente la cuestión a tratar. Es ceguera social no ver la influencia creciente de varios tipos de fundamentalismos antediluvianos, neonazismo, terrorismo, explosiones colectivas y espontáneas de miedo y frustración. Los partidos del trabajo tienen la obligación de romper este círculo vicioso e impulsar al movimiento popular hacia direcciones más racionales y más democráticas. Déjenme repetirlo: no es una labor fácil. Tal vez hubiera sido más fácil en nuestra luna de miel económica, pero ese tren ya lo hemos perdido. Y es más difícil aún ahora, ya que los partidos laboristas en el poder deben tratar con presiones mucho mayores: las tácticas de chantaje de las multinacionales y las acciones de ambos Estados gobernados entre líneas monetaristas y el gran capital nacional. Es bastante improbable que los Estados de bienestar tradicionales puedan resistir esta presión y probablemente perderán nuevamente el terreno, quizá también para los partidos con un apoyo fundamentalmente populista. Pero si los partidos laboristas estuvieran preparados para inspirar la imaginación socialista, abrir canales al pluralismo activo, promover el establecimiento de la democracia dentro de las fábricas, oficinas y grandes almacenes, contribuir a la creación de una nueva esfera pública y, por ende, de una auténtica ciudadanía, tendrán seguramente un chance real. Sería un mundo creado a sí mismo y estaríamos orgullosos de haberlo hecho nosotros mismos. No podemos renunciar a esto fácilmente, aún si tenemos que enfrentarnos con dificultades. Los *intereses* y las *obligaciones* del trabajo son básicamente idénticas a largo plazo y el plazo no parece ser muy amplio.

Las políticas que se basan en principios no excluyen, en realidad, consideraciones programáticas. Inspirar la imaginación social respecto de alternativas políticas sociales y tecnológicas y abrir canales a las iniciativas y movimientos no puede ser inmediatamente recompensado en términos de encuestas y triunfos electorales. Los retrocesos momentáneos y aún los fracasos deben tenerse en cuenta de antemano. Por supuesto, si los fracasos son graves y continuos debe haber algo equivocado en los principios, pero unos pocos fracasos no prueban su no adecuación. También hay fracasos que son mejores que diez victorias. La preferencia por el pragmatismo como contrario a la política de principios en asuntos internacionales, una preferencia motivada por un egoísmo nacionalista miope, está siempre mal concebida. El flirteo entre el canciller Schmidt y Giscard d'Estaing fue tan vergonzante como el flirteo entre ciertos partidos laboristas y ciertos poderes despóticos tercermundistas. Aquí, otra vez, la recompensa palpable de las políticas del poder toman la delantera frente a la dignidad humana, que no es un término vacío y pasado de moda, sino una precondition de una futura política digna. Tanto los partidos como los individuos deben tener su dignidad, y la dignidad y credibilidad de un partido democrático que aspira a la radicalización de la democracia hace obligatorio el apoyo a la causa de la democracia y su radicalización en todo el mundo. Esto, otra vez, no es sólo una política hábil, sino también dignificada. Los partidos que se proponen la radicalización de la democracia o aún la democratización del Estado

de bienestar sufrirán repetidamente los ataques de las multinacionales, del gran capital y de varios tipos de imperialismo. De modo que para ser constantes necesitarán cada uno el firme apoyo del otro, y no lo conseguirán en el momento de necesidad si su política exterior se basa en pragmatismo puro.

Decliné ofrecer cualquier definición del «socialismo genuino». No obstante, desearía concluir mi presentación con un pensamiento de Rosa Luxemburgo, muy en armonía con los que he presentado aquí. Se lee como sigue: «El socialismo es pluralismo libre en todas las áreas de la vida». Nos darían alguna esperanza si los partidos laboristas se suscribieran activamente a esta definición.

© Agnes Heller  
Traducción: Rut Gartenhaus